



ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS

Elogio de Wilfredo Penco con motivo de su ingreso a la Academia Nacional de Letras

Sesión pública de recepción oficial del académico de número D. Wilfredo Penco

Hay en los teatros un telón que separa al espectador del escenario y en el telón un ojo, o pequeño agujero, o portillo que sirve al actor calcular el calor, el aplauso o el silencio que posiblemente merezca el trabajo que va a comenzar. Yo, señores invierto lo ojeado a mirada para que ustedes vean el escenario y la escena que ese está perpetuamente representando por qué y para qué en ella se brega, se goza y se sufre, escena en la que ingresa, hoy un nuevo compañero de trabajo en esta comparsa o comedia humana que nos toca representar ante la multitud que nos rodea y seguramente ignora de cuanto acaece en nuestro escenario.

Seguramente, al penetrar en esta casa que nos cobija, las blondas doradas y afrancesadas que nos rodean pueden hacer equivocar cuanto aquí se dice, se discute se propone. ¿Es esta casa la torre de marfil donde hábiles turiferarios rodean los unos a los otros con uves de lisonjas, alabanzas y celebraciones? La torre de marfil -que sí existió- ha sido demolida; otros apremios golpean nuestra puerta. Y estos apremios tienen un solo objeto: la defensa de nuestra habla, de nuestra lengua materna, la que nos marca entre la turba sitiada, atacada erosionada por el poder del dinero, avasallada por el mercado, esa rueda implacable que mueve el mundo. Pero no pensemos otra vez en una ciudadela donde un grupo de ciudadanos hacen oídos sordos a cuanto acaece con nuestra habla. Tomando un símil usado por un gran poeta nuestro, Jorge Arbeleche, diré que el viento de la calle no pasa en vano por esta calle de 25 de mayo; aquí nosotros lo doblamos y lo forzamos a entrar en la mesa de vivisección con paciencia inaudita se toma cada uno de sus vocablos se estudia su estructura molecular y este estudio puede dar lugar a tres soluciones: ser presentada a la Comisión Permanente de la academia de la lengua, se le incluye en el diccionario del habla del Uruguay (de próxima aparición) o se condena al ostracismo.

Al mundo parlante hispanoamericano está nuestra Academia ligada por la Carta de Bogotá firmada por nuestro gobierno y testificada por nuestro parlamento. Son 22 academias, que quieren defender a 400 millones de personas que hablan la misma lengua, un mundo dilatadísimo para el trabajo cultural y para ensanchar la esperanza sobre el esplendor de nuestra lengua. Este, señoras y señores, es el escenario silencioso, no hay aquí micrófonos amplificadores donde vamos situar y exigirle que actúe a quien hoy recibimos con algo de solemnidad pero con mucho de aprecio y de afecto, el Dr. Wilfredo Penco.

Permítaseme decir ante todo que él es el hombre cabal, no solo estudioso de gabinete y ahincado crítico de nuestra literatura, sino también hombre de su tiempo, comprometido con sus días y con la gente que los ocupa. Vamos a pararnos como detenidos a orillas de un caudaloso río formado por su obra literaria y mostrar con el dedo algunos de sus trabajos que por aquí interesa decir.

Muy joven comenzó con ahincado entusiasmo y fervor su carrera de intelectual que desde niño inventaba aflorar y en los archivos del Departamento de Investigaciones Literarias de la Biblioteca Nacional pudo abrirse con todo su calor en los tempranos años de su juventud. Y entonces nuestra Academia reconociendo su valía lo beca para la realización de tareas especializadas. Y así su tarea se va acrecentando y su colaboración es solicitada publicaciones nacionales entre las cuales recuerdo su *Antología consultada de la poesía uruguaya contemporánea*.

Señalo sus conferencias fuera de frontera en las universidades de Brasilia en la República Federativa y de Texas en Austin y en Stanford. Actúa también como jurado en numerosos concursos literarios nacionales y extranjeros. No puedo dejar de mencionar que es miembro de la Asociación Uruguaya de Estudios Clásicos.



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Su obra de crítica literaria es importantísima. Comencemos por señalar sus trabajos sobre Rodó; de este escritor tiene publicado varios estudios como *Rodó: las parábolas de Motivos de Proteo*, *José Enrique Rodó*, *Cartas de José Enrique Rodó a Juan Francisco Piquet*. Obras que nos acercan un Rodó más humanizado, más cercano, no tan hierático severo y alargado en su discurso. Otro punto alto, sino el más deslumbrante, son sus críticas o mejor dicho prólogos a muchos escritores nuestros; a estos prólogos los recorre un nervio tan vital, no se puede descartar o desprender del lector ese latido que acompaña la obra misma como es el caso de *Paisano Aguilar* de Amorín. Señalo por ejemplo en el prólogo de la obra de Amorín que no solo es un dedo sobre el texto de nuestro escritor sino algo más, es como una íntima biografía del mismo, y toda biografía es un drama humano para lo cual Wilfredo Penco tiene un delicadísimo bisturí.

Y así se dobla en bardo en el delicioso prólogo a la obra de la altísima poesía de Marosa di Giorgio.

Y así se presenta siempre recóndito y humano en la serie de prólogos que van marcando la aparición de obras importantes de nuestros escritores como son las de Mario Delgado, de Arturo Bentancur, Milton Fornaro, Hugo Achugar, Vicente Cicalese.

A esta labor hay que señalar dos grandes aportes a la cultura nuestra: el *Diccionario de Literatura Uruguaya* en colaboración con un grupo de distinguidos investigadores; obra poderosa por la investigación aportada, pero llena de luz en la apreciación de los nombres ahí contenidos.

Otra obra de gran injundia es la realizada con Arturo Sergio Visca sobre los manuscritos de la novela *Don Juan el Zorro* de Francisco Espínola. Fue un trabajo largo y sostenido en la revisión, ordenación, profundo análisis de cada párrafo en los diversos manuscritos, interpolados, retocados por el autor.

Trabajo de aguda responsabilidad frente a un engorroso pero también ilusionado tesoro para alcanzar a nosotros lo admirable de aquel Paco irrepetible, en una obra del centellante verbo de su creador.

Este que expongo es solo una parte de su larga y sostenida labor de escritor e investigador. Pero no quiero dejar de señalar cuanto le cupo de responsabilidad en el trabajo cultural que llevara a cabo mientras fue director de Cultura en nuestra municipalidad.

Lógicamente no faltaron días amargos en sus trabajos el mismo nos lo aclara en el Prólogo del *Diccionario de Literatura Uruguaya*. Dice ahí: "Porque el Diccionario corrió la misma suerte que el país después de 1973, y las proyecciones de la ruptura institucional, en la medida que afectaron profundamente a la sociedad uruguaya, abarcaron también la vida cultural y una tarea colectiva y de intención globalizadora como la que se iniciaba y procuraba completar, no pudo mantenerse al margen, como era prácticamente inevitable, de tan nefastas consecuencias".

Este es el hombre que llamamos a nuestra Academia; es como un faro entre los avatares de nuestra vida cultural tan acometida por acuciantes problemas sociales, económicas a quien se le va a consultar en las dudas y en las obscuridades que tantas veces ensucian nuestro cielo cotidiano, él es el amigo recto, sensible, afilado, amigo que muchas veces con una mirada suya, filosa y compañera o un esbozo de sonrisa es o son muchas veces la esclarecedora síntesis de su pensamiento.

Penco, te recibo entre nosotros con alegría y viva esperanza; sé que la tarea es absorbente, callada, cotidiana, sin brillo; por eso pedimos (y estamos seguros de tu generosidad), el pulso solidario de tu estructura humana.

Tú lo puedes, para ello tienes, coraje, tu incisivo talento, tu mirada larga y la anchura de tu humano afecto.

Luis Bausero
Montevideo, 15 de diciembre de 1994